

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le falten para tener completas las colecciones de las publicaciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

¡¡ NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de

La Novela Semanal Cinematográfica

Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios

Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 271

25 cts.



UN VIAJE
ACCIDENTADO

POR

Claire Windsor,
Owen Moore,
Berl Toach, etc.

Filmoteca
de Catalunya



E. MAYO, A. d. d. e.
**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRÁFICA**

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Vía Layetana, 12

Administración } Teléfono, 4423 A

Año VI

BARCELONA

N.º 271

(MONEY TALKS, 1926)

Un viaje accidentado

Preciosísima comedia americana interpretada por
los célebres artistas

CLAIRE WINDSOR, OWEN MOORE
y BERT ROACH.
¿ KATHLEEN KEY

Producción METRO GOLDWYN PICTURES

Exclusiva de

Metro-Goldwyn Corporation

Mallorca, 220. - Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
EDNA PURVIANCE



Un viaje accidentado

Argumento de la película

Sam Starling es un buen propagandista, decididor y dicharachero, emprendedor formidable y paladín del optimismo, que ha sentado sus reales en el distrito comercial de una gran ciudad donde se gana el dinero a manos llenas y donde también se pierde a manos abiertas.

El cerebro de Starling no funcionaba con la regularidad debida y la memoria es para él un trasto poco menos que inútil y así un buen día, viéndose algo apuradillo de recursos, acude al Banco Nacional, un lugar donde guardan el dinero los que no tienen la pícara costumbre de gastárselo.

Sam acude a la caja y espera frente a frente con Lucius Fenton, un tipo que no se ríe, ni aunque le hagan cosquillas.

Nuestro héroe se encuentra en un verdadero apuro, agobiado de deudas más o menos flotantes, y en el naufragio de las necesidades se acuerda de que aun debe de tener algunos fondos en el Banco y entre él y el señor Fenton se entabla el siguiente diálogo:

—¡Buenos días! ¿Cómo van los negocios?

—¿Negocios? Esa palabra no existe en mi diccionario.

—Hombre, es chocante. Pues precisamente el negocio es el alma de la vida, como la vida es... Bueno y a propósito ¿quiere usted hacer el favor de decirme cómo está mi cuenta corriente?

El señor Fenton consultó varios libracos y dice después con una concisión y una sencillez que le parecen demasiado concisas y sencillas a Starling:

—Nuestros libros arrojan un balance de 80 centavos a su favor.

—No es mucho que digamos, pero al fin y al cabo no puedo decir que estoy sin un centavo.

Sam saca su libro de cheques y extiende el siguiente:

New York II *Abril de 1926.*

Núm. 38. — *El Banco Nacional, Pagará a la orden del portador \$ 0'80 (ochenta centavos)*

Sam Starling

Y debajo con lápiz escribe: \$ 300.80.

En aquel momento alguien dice a su espalda:

—¡Hombre! Ahí está mi jefe J. Bradford Perkins. Seguramente viene a gestionar un préstamo para asegurar su negocio de la "Isla de los Placeres".

Sam ha cogido las palabras al vuelo oteando un negocio y después de hacer efectivo su cheque y embolsarse los míseros ochenta centavos, monologa:

—Propaganda es lo que necesita todo negocio y esta es precisamente mi especialidad. Voy a presentarme.

Y se dirige al ordenanza que se hallaba en la puerta por donde ha desaparecido el señor Perkins, y extrayendo del bolsillo con prosopeya, una cartera y de ella una tarjeta en la que se lee: "Sam S. Starling. El Rey de la Propaganda. 1540 Broadway, N. Y.", la alarga mayestático al portero diciéndole:

—Haga usted el favor de pasar esta tarjeta al caballero que acaba de entrar.

—Lo siento mucho, señor, pero el señor Per-

kins está en este momento conferenciando con nuestro presidente y no puede recibirle.

Pero Sam no se amilana y después de muchos rodeos y combinaciones logra introducirse hasta el despacho del presidente del Banco, donde este se encuentra conferenciando con el señor Perkins.

Starling adelanta hasta los dos interlocutores y con gran desparpajo se presenta a sí mismo:

—Sam Starling... Agente Propagandista... En la propaganda no tengo rival... ¿Ven ustedes mi nombre impreso en estas barritas? Es carmín especial para secretarias, medio infalible para que mi nombre esté siempre pendiente de sus labios... Voy a explicarles a ustedes...

—Pero, bueno, ¿usted quién es?

—Starling me llamo... ¡Sam Starling! El mismo Starling de carne y hueso. Me he enterado de que la "Isla de los Placeres" va muy mal y me he dicho: lo que necesitan estos señores es propaganda, una buena propaganda, y nadie mejor que yo...

—Mire, joven, haga usted el favor de cambiar el disco.

—¡Ah! La propaganda, señores — continúa sin darse por entendido el charlatán—. La propaganda es...

—¿Quiere usted hacer el favor de dejarnos en paz?

—Pero, hombre, señor Perkins...

—Su charla no me interesa. Lo que estoy deseando es verle salir por esa puerta.

—Cómo, ¿me echa usted? ¿Así... sin oírme? Pues bien — dice Starling con gesto teatral—; guarde usted mi tarjeta... para cuando este Banco necesite un nuevo presidente.

*
**

Sam Starling tenía una mujercita muy mona, que adoraba en él y una casita muy linda, arreglada con unos muebles preciosos, pero comprados a plazos.

Su mujer se llamaba Phoebe y estaba disgustadísima con su maridito, por las informalidades de éste y por lo que ella llamaba su vanidad.

Raro era el día en que no sonaba veinte veces el timbre de entrada y se presentaban individuos que pronunciaban, al abrirseles la puerta, la palabra sacramental:

—Una factura.

—¿A ver?

“Lechería La Estrella. — A Sam Starling

Calle de la Iglesia. — Total dólares: \$ 26.32. Esta factura debió hacerse efectiva desde hace tres meses; haga el favor de pagarla”.

—Está bien — decía Phoebe—. No tenga usted cuidado. Mi marido le mandará un cheque en cuanto llegue a casa.

Y dirigiéndose a la criada, añadió:

—Ponga esto debajo de la almohada del señorito, con el resto de la colección.

—No puede ser, señorita — contestaba el acreedor—. El amo me ha dicho que no vuelva sin cobrar.

—Pero hombre de Dios, no sea terco, le aseguro...

—He dicho que no me voy. Esperaré aquí hasta que vuelva el señor Starling.

Y el pelma aquel lo haría como decía.

Phoebe estaba desesperada, pero aquel día las cosas debían llegar hasta el extremo.

Otra vez el timbre. Esta vez la cosa era más seria. Lo que llegaba era la factura de los muebles.

“El Crédito Alegre. (Damos facilidad a nuestros clientes). Compañía de muebles a plazos. 12 Mayvien Avenue.”

—Señora, tenemos orden expresa de, si no paga en el acto lo que nos debe, llevarnos los muebles.

—¡Por Dios! — exclama Phoebe, asustada—. No se lleven nuestros muebles.

Pero de nada le sirven a la mujercita mona sus protestas y aquellos brutos desvalijan la casita en un santiamén sin dejar más que las cuatro paredes mondas y lirondas.

Starling antes de dirigirse a su casa, se detiene en el puesto de la florista, pues recuerda que es el cumpleaños de su mujer y la dice:

—Manden una docena de rosas a mi mujer.

—Lo siento mucho, señor Starling, pero tiene usted una factura pendiente.

Starling, después de rebuscar en todos los bolsillos, consigue encontrar el dinero suficiente para el ramo y lo hace llevar a su casa acompañado de una tarjeta en la que escribe:

Que siempre te sientas tan dichosa como hoy, te desea tu esposo

Sam

Y gozando de antemano con la agradable sorpresa que va a experimentar su mujercita, se dirige hacia su casa. Al ir a subir al *taxi*, encuentra a un amigo al que invita:

—Te convidó a cenar con nosotros, voy a decírselo a mi mujer.

Y ambos suben en el *taxi*; llegados a la puerta de su casa, dice al amigo:

—Préstame dos duros ¿quieres? He venido a casa de fiado.

En poder de él el dinero, dice al amigo, dándole unas monedas:

—Toma, paga el taxi y quédate veinticinco centavos para ti.

Pero al entrar en su casa se queda atónito al ver las habitaciones vacías. Su mujer está hecha una furia y aunque él con argucias trata de aplacar sus iras y de arreglar con la compañía de muebles aquel desaguisado, Phoebe no cede en su indignación y harta ya de las martingalas de Sam, exclama, agotada su paciencia:

—Ya estoy cansada de tus inconveniencias. Ahora mismo me voy a casa de mi madre.

—No te vayas, mujer — dice Sam, desesperado—. Mañana tendrás una casa mejor puesta que el Rey del Acero.

Pero de nada valen sus habilidades y Phoebe sale de aquella casa ante el desconsuelo de Starling.

**

La pobre Phoebe se ha refugiado en casa de su madre... odiando a Sam un minuto y

queriéndolo, un segundo después, más que nunca.

Diariamente cambian por teléfono algunas



—No te vayas, mujer; mañana tendrás una casa mejor puesta que el Rey del Acero.

palabras, pues a pesar de la separación, no pueden vivir el uno sin el otro.

—¿Cómo estás? ¿No me echas de menos?

—Sí...

—No...

—Deja que te guíe tu corazón, rabiosilla... El te dirá que vuelvas a mi lado.

—No; no volveré hasta que me hayas probado que eres muy formal y menos mentiroso. Pero aunque quiere mostrarse enérgica,



...odiando a Sam un minuto y queriéndolo, un segundo después, más que nunca.

Phoebe está triste y no puede ocultar las lágrimas.

Su madre al verla en aquel estado, la reconviene cariñosa, diciéndola persuasiva:

—No seas así, muchacha... tú sabes que quieres a Sam...

Y la pobre muchacha está a punto de dejarse convencer.

*
**

En el despacho del Banco Nacional, el presidente Fenton y el señor Perkins discuten acaloradamente.

—Bien, Fenton — dice Perkins con desaliento—. Parece que la “Isla de los placeres” va a la bancarrota... Nada puede salvar el negocio más que un milagro.

En aquel momento se abre la puerta y aparece Sam Starling en persona y ante la estupefacción de los allí reunidos, dice:

—Aquí estoy, señor Perkins. El milagro se ha realizado.

—Pero, ¿quién es usted y qué busca aquí? Sam le alarga su tarjeta:

SAM S. STARLING

Agente propagandista

Y añade sin darles tiempo a reponerse de su sorpresa:

—Lo que necesita la “Isla de los Placeres” es mucho anuncio y eso yo sé cómo se hace.

—Ya la hemos anunciado... y nada. Lo que

el público quiere es otra cosa, algo más que baños, carrouseles y aire puro.

—¿Qué ha dicho? ¿Aire puro?

—Sí... eso.

—¿Ha dicho usted aire puro?

—Sí, hombre, sí. ¡Qué pelma!

—Esas palabras encierran un descubrimiento portentoso — exclama Starling, y volviéndose a Fenton le dice: —¿Usted le ha oído decir aire puro?

—Bueno, ¿y qué? — grita Fenton, furioso.

—Espere un momento mientras pienso...

Y Sam contrae el rostro, como el que se entrega a un poderoso esfuerzo mental, hasta que por fin exclama con aire de triunfo:

—¡Ya está!

—¿...?

—¡Ya tenemos el negocio! Vamos a expender aire puro a la humanidad doliente.

—¿Cómo?

—¿Qué dice?

—La “Isla de los Placeres” quedará convertida en un sanatorio... Vamos a llamarla “El reino de la salud” o “El paraíso de los nervios”. Lo que Ford hace con los automóviles, nosotros vamos a hacerlo con el aire puro.

—¿Convertir la “Isla de los Placeres” en sanatorio? — exclama Perkins, indignado—. ¡Jamás, hombre, jamás!

Pero a pesar de esta oposición primera, como el negocio no podía ir peor y Fenton había ya adelantado mucho dinero y no estaba dispuesto a facilitar más y por otra parte quería a toda costa resarcirse del capital adelantado Perkins se dejó convencer y empezaron a aparecer importantes anuncios en toda la prensa de la populosa ciudad.

A los pocos días, Fenton decía a Perkins, mostrándole un periódico:

—Fíjese usted, ya aparecen otras Islas, que quieren hacerle la competencia. No había ninguna antes de empezar a anunciar esta.

—Voy a convertir la “Isla de los Placeres” en un gran negocio — intervino Starling—. Vamos a vender aire puro a dos duros la botanada.

Y Sam se puso a trabajar denodadamente y pronto empezaron a notarse los efectos de su propaganda.

Los anuncios, las circulares, los prospectos inundaron la ciudad. En todas partes, en las columnas de la prensa, en las mesas de los cafés, en los transparentes, en los telones de los teatros, en las vallas de las fincas en construcción se leían anuncios como este:

“J. Bradford Perkins. — “La Isla de los placeres”. “El reino de la salud”. “El Paraíso

de los nervios”. Servicio diario directo de vapores de ida y vuelta. Se reservan pasajes”.

—Pero, ¿quién ha autorizado esta propaganda tan absurda? — exclamó un día Perkins, estupefacto.

—¡Oh! ¡Todavía no ha visto usted nada!

Fenton puso ante sus ojos atónitos el siguiente abracadabrante anuncio:

La Isla de los Placeres. El Reino de la Salud. El tónico maravilloso para los nervios. Cuatro días de viaje a bordo de lujosos vapores. Lejos de la ciudad. Aire puro garantizado. Cocina de la mejor clase. Menús preparados por doctores del establecimiento. Pueden reservarse habitaciones si se piden en seguida. Dirigirse a J. Bradford Perkins, Inc.

—Están lloviendo circulares como estas por toda la ciudad.

Ya iba Perkins a protestar indignado, cuando llamaron en el teléfono.

—¡John D. Radcliffe en el teléfono! ¡El multimillonario John D. Radcliffe!

Perkins se precipitó al aparato.

—Su anuncio me ha llamado mucho la atención, señor Perkins... quisiera ir a la “Isla de los Placeres” a curarme.

—¡...!

—Reserve la mejor habitación del sanatorio para mí.

Perkins no salía de su asombro.

—¿Será posible? ¡Debe haber algo en ese anuncio que ha conquistado al viejo Radcliffe!

Por aquellos días había llegado a la ciudad la doctora Murray, hermosa especialista en enfermedades nerviosas. Sus curas eran maravillosas y se decía que había ido a América a practicar su profesión en el país del dólar y los rascacielos.

Y he aquí que cuando aun le duraba a Perkins la emoción por el encargo de Radcliffe, exclamó nuevamente Fenton:

—La doctora Murray en el teléfono.

Cogió Perkins el auricular y nueva sorpresa.

—Soy la doctora Murray... Me ha interesado muchísimo su anuncio sobre "La Isla de los Placeres".

—Muchas gracias, señora Murray. Nos consideramos honradísimos de que una doctora de su reputación se haya interesado por nosotros.

—Quisiera saber las condiciones para ejercer mi profesión en esa Isla.

—Muy bien, doctora; ya le contestaré.

Y Perkins exclamó, radiante, al abandonar el teléfono:

—Si podemos conseguir que la doctora Murray acepte, entonces sí que iremos adelante.

*
**

Los señores Perkins y Fenton están tratando de un negocio importante, cuando se presenta en escena Sam Starling.

—Chico... — exclama Fenton—, todo el mundo está pidiendo informes de "La Isla de los Placeres".

—¡Ya se lo decía yo a ustedes!

—Pero... es el caso que los vapores ya no tocan en la Isla.

—El arreglo de esa pequeñez es cuestión mía.

—El negocio será redondo si consigue usted que la doctora Murray sea la directora del sanatorio.

—Yo le aseguro que esa señora estará al frente.

Sam Starling se dirige a casa de su suegra. Al entrar dice a ésta, alborozado:

—¡Un negocio fantástico! ¡Aire puro a dos duros la bocanada!

—Pero, chico, ¿te has vuelto loco?

—Mamá, hice un negocio estupendo... Pero

no se lo digas a Phoebe. Quiero darle una sorpresa.

Y Sam relató a su madre política sus andanzas de aquellos días, la fundación del sanatorio, los anuncios, el éxito colosal de las primeras tentativas y su próximo viaje en el primer vapor que saliese para la Isla.

La buena señora se dejó convencer y le dijo conciliadora:

—Ve tranquilo, hijo mío. Haré todo lo posible para que tú y tu mujer volvais a estar juntos, Sam. Yo procuraré que ella embarque en el mismo vapor.

¿Logró Sam salir adelante? ¿Consiguió pacientes y fletar un barco? ¿Pudo llevar a la doctora Murray?

*
**

Llegó, por fin, el día señalado para la marcha. Sam, a fuerza de fuerzas, había logrado encontrar un buque lo bastante confortable para llevar al ánimo de los pacientes la convicción de que se trataba de un negocio serio.

Cierto que si hubiera oído la conversación de los marineros, quizá no hubiera emprendido el viaje tan tranquilo.

—Vaya si es listo el capitán, alquilando el yate a esta gente para que no lo cacen los carabineros — decía uno de aquellos lobos de mar.

Porque aquel buque era un contrabandista. Entretanto Sam y sus amigos cuidaban de los últimos detalles.

—Ya he pensado en todo — decía Sam—. Mezclando unos cuantos huevos de edad avanzada con el agua, tendremos baños sulfurosos en “La Isla de los placeres”.

—¿Está usted seguro de que la doctora Murray va a venir?

—¡Ya lo creo! ¡Como que ya está en su camarote!

Entre los pasajeros del buque, figuraba Oscar Watter... un famoso bebedor de “agua”.

—Usted se pondrá bueno en seguida — le decía Sam.

—¡Pero es que yo no quiero curarme!

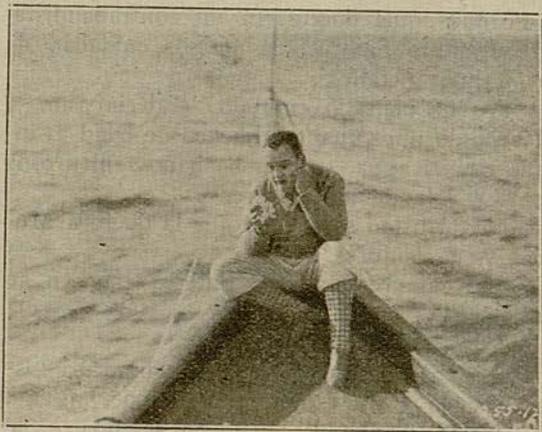
—¿Cómo es eso?

—No, señor... no quiero curarme... quiero vivir hasta la muerte, así, de esta manera, siempre alegre.

—Yo me encargaré de este paciente — exclamó Fenton, autoritario—. Vamos, hombre, no hay que apurarse... este es un verdadero viaje de placer...

—Oiga usted, yo conozco muy bien lo que son los placeres.

Los nervios eran la causa del viaje de la



...el mareo empezaba a producir sus efectos.

señorita Lucette a "La Isla de los placeres". Era otra de las viajeras del yate.

El mar iba picándose por momentos y en el pasaje el mareo empezaba a producir sus efectos, distinguiéndose Oscar Watter.

Sam estaba, por su parte, desesperado. Antes de zarpar el buque había recibido el siguiente telegrama:

Wester Union Telegram

Sam S. Starling

Yacht Sultana. Muelle 44 New York.

Siento muchísimo que la indisposición de una de mis mejores amigas me impida hacer el viaje a la Isla de los Placeres.

Thonton Murray

¡Tableau! Aquello iba a echar por tierra todos sus proyectos... Pero de pronto sonrió satisfecho. Había tenido una idea salvadora. Guardaría el secreto y seguiría la farsa hasta el final.

A bordo empezaba a reinar la confusión más espantosa.

Por todas partes se oían gritos de socorro.

—¡Socorro! ¡Socorro! — gritaba Oscar Watter.

—...No quiero quedarme aquí.

—¡Por Dios, llamen a la doctora Murray! Me estoy muriendo...

—Pero, ¿dónde está la doctora Murray? Todo el mundo la está llamando...

—Está en su camarote un poco mareada.

Pero lo cierto era, que a la famosa doctora nadie la había visto el pelo por ninguna parte.

Sam creyó que era el momento de intervenir y ya se dirigía hacia los camarotes, cuan-

do se tropezó de manos a boca... ¡con su mujer! con Phoebe en carne y hueso.



---¡Por Dios! Llamen a la señora Murray...
Me estoy muriendo...

—¡Tú aquí! ¡El cielo te envía, mujercita mía!

—El cielo y tú, que lograste que mamá me engañara.

Y los dos esposos se abrazaron conmovidos. Sam dejó a su mujer y siguió hacia los camarotes. En el pasillo encontró a uno de los oficiales de a bordo con unos pantalones en la mano.

—¿Sabe usted quién es el dueño de esos pantalones?

—No sé.

—Y usted, ¿adónde va?

—Traigo unos bombones para la doctora Murray.

—Llame usted allí, aquel es su camarote.

—Doctora, traigo un encargo para usted.

—No contesta.

—Vamos a entrar.

—No. Me dijo que entrase yo solo.

Y Sam entró resueltamente en el camarote, y a poco se oyó la siguiente conversación:

—¿Qué tal se encuentra usted, doctora?

—Muchas gracias, señor Starling. Estoy mejor.

Lucette llegaba en aquel momento en un estado de desesperación imposible.

—¡Mis nervios! Tengo que ver a la doctora en seguida.

Y llamó, furiosa, en el camarote de la Murray.

—Un momento, no estoy presentable todavía.

Pero los enfermos acudían por todas partes y los pasillos eran un bulle bulle de gritos, súplicas e imprecaciones.

—¿Dónde está la doctora Murray?

—Debo verla en seguida.

—Doctora, doctora, otra paciente la llama.

—Haga el favor de aguardar, que pronto estaré lista.

Oscar Watter hizo su aparición en aquel momento con un atavío ridículo.

Medio envuelto en unas pieles con las pantorrillas al aire llevaba unos pantalones en la mano. Al verle, Lucette huyó despavorida.

A los gritos acudió uno de los oficiales del buque.

—¡Oiga, sargento! ¿Puede usted parar en la isla más próxima para que me planchen los pantalones?

Al pobre hombre se le había subido el *agua* a la cabeza.

Y claro, lo llevaron a su camarote y le dieron un rompecabezas para entretenerse.

El señor Fenton, impaciente como los demás, acude al camarote de la Murray (¡San convertido en doctora!) y logra por fin ser recibido.

—Me alegro mucho que esté usted mejor, doctora.

—Un poco de reposo me ha sentado bien, señor Fenton.

En esto llega Oscar que ha conseguido escaparse y pretende entrar en el camarote de la Murray.

Fenton le rechaza, indignado.

—¿Cómo se ha atrevido a entrar así en el camarote de una señora?

Y a empellones lo echa escaleras arriba.

Phoebe entretanto pasea por cubierta. Al capitán le ha gustado la viudita, como la llaman a bordo, y medio tambaleándose se dirige a ella.

—¡Hola, preciosa! ¿Dónde la vi a usted antes?

—En un cromo.

—Preciosa, tú eres precisamente mi tipo.

—Pero jamás me casaré con un hombre que le guste la bebida.

—Sí, ¿eh? Pues desde ahora seré acuático.

—Dispense que me retire unos instantes, pues tengo que hacer.

—Está bien, prenda, ya volveremos a vernos...

Phoebe se encuentra de pronto ante la seuda doctora Murray y entre *ellas* se entabla el siguiente diálogo:

—Soy la doctora Murray; usted, según tengo entendido, es la viudita que viaja sola.

—Sí, señora, viajo sola, pero no soy viudita. Esta es la fotografía de mi marido.

—¡Cómo, este es Sam Starling! — exclama, fingiendo admirablemente el propio Sam—. ¡He oído decir que es un gran hombre! ¿Es marido de usted?

—Sí, señora... — contesta Phoebe, ruboriéndose.

—¡Qué guapo muchacho! ¿Cómo puede usted estar sin él?

—Quiero entrañablemente a mi marido, pero no se lo diría a él por nada del mundo.

—Muy bien, amiguita mía, muy bien...

Y quizá iba la conversación a tomar otro cariz, cuando un estruendo formidable estalló sobre cubierta y se oyeron gritos, carreras y órdenes perentorias.

Phoebe escapó asustada.

—¡Los carabineros! ¡Tirad eso al agua!

—Los carabineros... ¡Estamos salvados!

Sam llegó a cubierta y se encaró con el capitán que le recibe pistola en mano.

—Oiga, ¿pero qué llevamos en este barco?

—¿Y a usted qué le importa?

Pero ya el segundo acude rápido y le dice a su jefe:

—¡Guarda eso, no son carabineros!

De una falúa que había abordado al yate saltan sobre cubierta varios hombres uniformados.

Y uno de ellos con uniforme de marino y muchos entorchados en las bocamangas, dice, dirigiéndose al pasaje:

—Mi tripulación va a tomar el yate por su cuenta.

—Usted verdaderamente es nuestro salvador, almirante — exclama Sam.

—¿Sabe usted quién soy yo?

—¡Vaya si lo sé! Un carabinero — contestó Sam que se había dado cuenta de qué clase de buque era aquel.

—¿Conque carabinero? Nada de eso. Yo soy Portaga y me gano la vida con el contrabando.

—¡...!

Sam divisa al capitán del buque que, pasado el primer momento de sobresalto está requebrando a Phoebe.

—Oiga usted, amigo, deje usted en paz a esta señorita; es mi mujer.

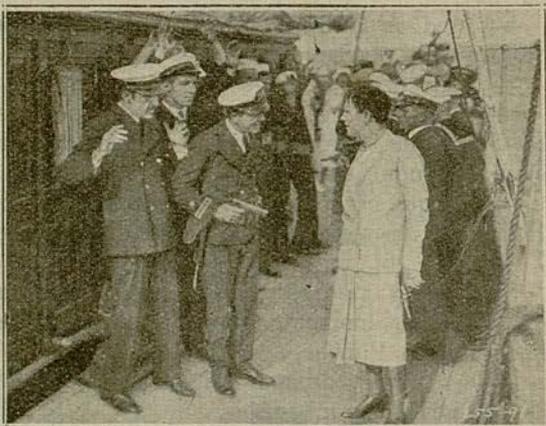
—Por muchos años, amigo. Tiene usted una alhaja.

Por fin, tras todas aquellas incidencias que habían convertido el yate en una verdadera casa de locos, que no tuvo más virtud que volver a unir a los esposos Starling, calmar un tanto los nervios de la señorita Lucette y aficionar más al agua al señor Watter, llegaron al fin de aquel viaje accidentado.

Restablecida algo la calma y más tranquilos

los espíritus llegaron una mañana al famoso "Paraíso de la salud".

—¡Por fin! — gritaron todos—. ¡"La Isla de los Placeres"!



---Yo soy Portaga y me gano la vida con el contrabando...

*
**

La llegada a la isla fué un verdadero acontecimiento y el que más y el que menos se sintió aliviado al abandonar aquel buque del que no creían escapar a tan poca costa.

La única que sintió el desembarco fué Lu-cette que se había enamorado perdidamente del gallardo capitán.

La escena de la declaración fué emocionante.
—Me gustas, muchacha. Sientes debilidad por los marinos, ¿verdad?

—¿Yo?

—Pues a mí me encantas, palabra.

—¡Por Dios, capitán, me ruborizo con su franqueza!

—Sí, soy francote, pero muy obsequioso con las damas.

—¡Por Dios santo, capitán! ¿Cómo habéis podido capturar mi corazón?

El negocio ideado por Sam Starling iba a tener un resultado fabuloso, como nunca lo soñaran Fenton* y el señor Perkins.

Como en el mundo abundan los ilusos y los crédulos, las demandas de habitaciones en el sanatorio llovían por docenas.

Al desembarcar en la Isla se encontraron con que había ya reservadas en el intervalo de su viaje veinte habitaciones más. La "Isla de los placeres" era una cosa sensacional. El negocio era fantástico.

Y los dos socios corrieron en busca de Sam Starling para felicitarle calurosamente y ha-

cer una proposición tentadora al "Rey de la propaganda".

Sam estaba con su mujer y ésta había llegado a convencerse de que su marido no era tan malo como imaginara y ante las pruebas concluyentes de su habilidad y su *saber hacer*, rindióse a la evidencia y le perdonó generosa.

En pleno coloquio amoroso estaban los dos, cuando hasta ellos llegaron Fenton y el señor Perkins.

—Starling — dijo Fenton, estrechándole la mano—. Hemos gozado un viaje sorprendente gracias a usted.

—Starling — añadió el señor Perkins—, es usted una verdadera maravilla.

—¡Hombre! Muchas gracias por sus cumplidos. Tanta amabilidad me confunde, señores. Yo, después de todo, no he hecho nada que merezca la pena. ¡Todo lo hizo la propaganda, la magnífica propaganda! Porque la propaganda, señores...

Y Sam Starling, como en sus mejores tiempos, se disponía ya a enjaretarles un discurso, ensalzando las virtudes innegables de la propaganda.

—¡Por Dios, Starling, no! ¡Discursos, no! — gritó Fenton, aterrorizado.

—Otra cosa es lo que queremos proponerle, Starling — dijo Perkins.

—Usted dirá.

—¿Aceptaría usted una plaza con cincuenta mil duros al año, en nuestra compañía?

—¿Cómo? ¿Cómo dice usted? ¡Estoy un poco mareado y casi no oigo!

—Sesenta mil duros al año, digo ahora — contestó Perkins.

—Hombre... yo no sé si debo... — dijo Sam.

—¡Habrás embustero! — murmuró Phoebe—. ¿Pues no dice que no lo sabe?

—Qué, acepta usted, ¿sí o no?

—Acepte usted, Starling — dijo Fenton—. ¿Si le parece poco?

—Sí... digo, no... Es que...

—¿En qué quedamos?

—Hombre... verá usted. ¿Qué dices tú? — añadió volviéndose hacia su mujercita?—. ¿Pido más... o acepto?

—¡Por Dios, Sam! ¿Más?

—Pues bien, amigos míos, acepto ese sueldo para no despreciarlo... y porque se trata de ustedes...

Y Sam Starling estrechó la mano de sus nuevos consocios, pensando en su fuero interno, que no hay nada como la propaganda para cimentar la prosperidad de una empresa comercial.

FIN

Próximo número EXTRAORDINARIO

SABADO, DIA 26 del corriente MARZO

la grandiosa película

COLIBRÍ

Creación de la eminente artista OSSÍ OSWALDA.

Postal-fotografía regalo: WILLIAM BOYD

Compre Vd. el mismo SABADO, día 26 del corriente.
este precioso NUMERO EXTRAORDINARIO

LEA USTED

el libro 74 de la selecta Biblioteca Los Grandes Films de

La Novela Semanal Cinematográfica

LA MÁSCARA DE ORO

por NITA NALDI, IGO SYM, etc.

¡ UN ACONTECIMIENTO !

Por fin se ha puesto a la venta

el tan esperado argumento de la grandiosa película

COBRA

la definitivamente última producción del malogrado galán RODOLFO VALENTINO, y naturalmente, tratándose de una superproducción, lo ha publicado

La Novela Semanal Cinematográfica

en sus lujosas EDICIONES ESPECIALES

EN PREPARACIÓN:

VIDA BOHEMIA

por Lillian Gish, John Gilbert, Renée Adorée, etc.